

Taurohumor

Conversaciones taurinas

Por ENRIQUE GUARNER

El día de ayer en forma inesperada me encontré desayunando en un restaurante a don Ralph Fechorías quien iba acompañado de un amigo. Esta persona era fuerte, de regular estatura, cabeza redondeada, cabello entrecano y sobresalía por un poblado bigote en la parte superior del labio. Sus ojos sumamente pícaros mostraban cierto nerviosismo en la mirada.

Eufórico me preguntó Fechorías si no había leído las declaraciones del empresario de la Plaza México, a lo que le repliqué que generalmente no hojeaba el Diario Oficial pero me interrumpió señalándome:

-Tengo que decirle que la denuncia de la que le hablo no apareció en la gaceta del gobierno, sino en un importantísimo matutino donde el gerente de Alfalfa señaló primero que la fiestaapestaba, a heces fecales, excrementos y estiércol. En seguida acusó a los novilleros que le han ofrecido 20 mil dólares, automóviles y mujeres por torear en el coso de Insurgentes, pero que él no ha aceptado

ninguno de estos sobornos demostrando que es una persona íntegra, honesta y digna.

Un poco extrañado por lo que me contó le señalé a Fechorías que lo que está ocurriendo se deriva de la boyante situación económica que vive el país y que seguramente entre estos toreros debió de haber habido algún limpiador de parabrís o un tragafuegos. En el caso de este último la situación sería perfectamente explicable porque es más fácil pasarse cerca a los conejos sin cuernos que se están lidiando en la Plaza México que chamuscarse con llamas la faringe y el paladar.

Un poco molesto don Ralph replicó:

-Creo que no debe haber sido como usted dice, porque el empresario sabe muchísimo de tenis y nos explicó que Leonardo Lavalle jugó hace 15 años contra el número uno de Suiza, al que le ganó (?) pero el helvético se retiró millonario, mientras nuestro tenista ha competido con cuatro generaciones, o sea, desde 1875 y sigue siendo el mejor de México.

Un poco sorprendido de que Lavalle vaya a cumplir 150 años de edad,

decidí que era mejor dejar que Fechorías se explayara y me dediqué a escucharle lo siguiente:

-Mire usted doctor, creo que nuestro empresario está completamente acertado porque añadió que nuestros toreros actúan mucho menos que los españoles, quienes completan mucho más de 130 corridas por año y sin embargo, cuando llegan aquí no le llegan ni a la altura de las zapatillas a Miguel Espinosa o a Jorge Gutiérrez.

-Permítame presentarle a la persona intachable y honesta que me acompaña. Se trata de don Saúl Pamplinas de Cortari, quien está de permiso por buen comportamiento después de una corta visita a Almoloya, uno de los lugares turísticos más interesantes que tenemos en el país.

En ese momento don Saúl muy sonriente y en forma cerimoniosa me entrega una tarjeta en la que leo: Juan José Gómez Gutiérrez. Inversionista suizo. Un poco sorprendido al no coincidir los nombres lo cuestiono sobre el motivo, a lo que de inmediato me responde:

-La razón se deriva de la enorme corrupción que ha imperado en este país y que gracias al gobierno de mi pariente ha desaparecido por completo. Yo, como el empresario de Alfalfa, recibí toda clase de sobornos y ofrecimientos cuando dirigí la Secretaría de la Rapiña Nacional. Me lle-

gaban con automóviles Rolls Royce, Mercedes Benz, cuentas secretas en las Islas Coadrilo, o en las Promiscuas, mujeres de todo tipo etc.

-Afortunadamente me abstuve de cualquier acto que no fuera dentro de la ley y aunque se me acuse de muchas cosas todo es una absoluta mentira. Con decirles a ustedes que llegaron al extremo de pensar que la andaluza que conquisté en Sevilla y que se llama María Infernal, provenía de un soborno quedan especificadas las calumnias. Todo es falso porque ella se volvió loca por mí desde que me vio vestido de charro comiéndome unas quesadillas.

En ese instante interviene Fechorías, quien asegura que hubiera sucedido lo mismo con Lola, la de Triana, si hubiera aceptado tener relaciones sexuales con él en un tendido de Maestranza. Si ella hubiera sabido lo que es un verdadero macho sin duda que lo hubiera seguido hasta Acapulco y podrían haberse tomado fotografías surcando el océano en el yate de Saúl Pamplinas de Cortari.

Un poco abochornado por lo que escuché decidí retirarse de la mesa despidiéndome y me senté en la barra del restaurante pensando en la frase de Madame de Pompadour cuando barruntó el fin precursor de la caída de la monarquía francesa:

“Después de nosotros el diluvio”.